

BIBLIOTECA

Los Grandes Films
OS

La Novela Semanal Cinematográfica



RÓMULA

POR

**LILLIAN y
DOROTHY GISH**

50 cts.

BIBLIOTECA
Los Grandes Films
DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Gran Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Telèfono 4423A

RÓMULA

Creación cinematográfica de HENRY KING, arreglo de la novela original de GEORGE ELLIOT

Interpretación de las eximias hermanas LILLIAN y DOROTHY GISH

PRODUCCIÓN

METRO GOLDWYN

Exclusiva de Metro Goldwyn Corporation

RAMBLA DE CATALUÑA, 122
BARCELONA

REPARTO:

Rómula	Lillian GISH.
Tessa	Dorothy GISH.
Tito Malema	William R. Powell.
Carlos Buccellini	Ronald Colman.
Baltasar Calvo	Charles Lane.
Savonarola	Herbert Grimwood.
Bardo Bardi	Bonaventura Ibáñez.
Adolfo Spini	Frank Puglia.
Brígida	Amelia Tummerville.
Monna Shita	Tina Ceccaci Renaldi.
Nello	Eduilio Mucci.
Bratti	Angelo.
Pedro de Médicis	Alfredo Berhlowe.

Ministros eclesiásticos, nobles, plebeyos, piratas. Derroche de presentación y comparsería.

RÓMULA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En el siglo xv, época luminosa que vió renacer las ciencias, las artes y las letras, Florencia, la magnífica ciudad italiana, florecía bajo el gobierno de los Médicis.

En medio de la molicie y el neopaganismo del Renacimiento, Savonarola, el ascético fraile de alma medioeval, elevaba su voz desde el púlpito convertido en tribuna política, en arma de guerra contra las clases altas de la sociedad que corrían anhelantes en pos de las frivolidades de la nueva escuela.

—Los Médicis rinden al lujo y los placeres el culto que sólo a Dios Nuestro Señor es debido; y en verdad os digo que su impiedad les hace indignos de gobernar a cristianos. ¡Ay

de Florencia, ay de sus habitantes si no arrojan de la ciudad al Duque cuyo libertinaje es una pestilencia!

Lejos de la realidad, en su apacible morada, Bardo Bardi, diligente erudito atacado de ceguera, pero en cuyo espíritu ardían la fe y el saber con viva y luminosa llama, vivía dedicado a acumular en su biblioteca inestimables tesoros, y era amigo de Miguel Angel, de Leonardo de Vinci y del vehemente Savonarola, que le confiaba sus ideales.

Rómula, la hija de Bardi, doncella tan discreta como hermosa, versada en ciencias y letras y desconocedora de las asechanzas, maldades y perfidias de los hombres, no tenía más anhelo en la vida que el de confortar los últimos años de su sabio y venerable padre; y a este fin sacrificaba gustosa todos los sueños e ilusiones de su juventud florida.

En el aislamiento en que vivía, sin más compañía que la del anciano y los preciosos volúmenes de que éste se rodeaba, Rómula había tratado sólo a un joven.

Carlos Buccellini, privilegiado talento al que el arte empezaba a brindar ya sus laureles, era el aludido.

Carlos frecuentaba la casa del sabio, cuya



...y era amigo del vehemente Savonarola, que le confiaba sus ideales,

biblioteca le interesaba sobremanera, y ocultaba el amor que sentía por Rómula, pues aspiraba a manifestárselo sólo cuando pudiese brindarle a la par de él un nombre consagrado por la gloria.

En cierta ocasión, Bardi pidió a su hija, a presencia de Carlos, un libro que le interesaba consultar, y Rómula tuvo la desgracia de que se le cayese. El sabio incorporóse en su sillón al oír el choque del volumen con las losas del piso, y exclamó:

—¡Ese golpe ha repercutido en mi corazón! Estos libros representan la labor de toda una vida; en cada una de sus páginas hay algo de mi propio corazón.

Reconcentróse en sí unos momentos, y prosiguió:

—¡Cuánto me holgara yo de que Dios Nuestro Señor me hubiese dado un hijo que pudiera heredar mi biblioteca y acrecentarla!

Rómula no exhaló el menor suspiro de queja ante el desdén que hacia su sexo había en la lamentación del sabio, y sus ojos se encontraron con los de Carlos, que la adoraba por su belleza y su bondad.

Bruscamente, una obesa señora irrumpió en el gabinete de trabajo de Bardi y su hija.

—¡Quiera Dios apiadarse de nosotros! ¡Esto es el juicio final o poco menos!—gritó aquella jadeante y sudorosa.

—Brígida, amada prima, sosiégate. ¿Qué es lo que pasa?—inquirió Bardi, uniéndose Rómula y Carlos a su ansiedad.

—La ciudad parece una plaza tomada por asalto; corre la sangre en las calles... El populacho, instigado por Savonarola, se ha levantado en armas contra los Médicis, y el Duque Pedro ha huído.

El sabio salió a la calle.

En efecto; las turbas estaban exaltadas y nada podría detener su marcha hacia la conquista del poder.

Pedro de Médicis, el pródigo e inepto señor de Florencia, ante el cariz que tomaban los acontecimientos, había huído de la ciudad dejándola en poder de los revolucionarios.

Savonarola trataba en vano de encauzar el torrente que desató su terrible elocuencia. El pueblo clamaba justicia y estaba dispuesto a ganarla a costa de su sangre.

Los ciudadanos prudentes juzgaron acertado cerrar las tiendas y no asomarse siquiera a la calle.

Había sonado la hora de la revolución.

Un mercader ambulante pregonaba tranquilamente su oficio por las calles alejadas del centro, y detúvose asombrado ante un joven desconocido que dormía tendido en duro lecho al aire libre. Su vista se fijó un momento en una sortija que ornaba el anular de su diestra, y sacóse un puñal del cinto, pronto a incautarse a la fuerza de la misma.

El joven despertó a tiempo, y el mercader disimuló su mala intención, diciéndole a aquél:

—¿Cómo es posible que el dueño de tan inestimable joya duerma sin más almohada que las piedras y teniendo por único techo el cielo?

—Soy un forastero náufrago que tiene dos camas—respondió el aludido—. ¿Dónde puedo alimentarme un poco?

—Hallaréis comida en la plaza, y podréis afeitaros en la barbería de mi amigo Nello.

—Vamos allá.

Bardi y sus acompañantes se disponían a regresar a su casa, cuando en la plaza adonde se dirigía el forastero, un grupo de revoltosos les detuvo, preguntándole uno de ellos al sabio:

—¿Estáis por el gobierno nuevo o por el viejo?

—¿Qué clase de gobierno es ése? ¿Quiénes lo representan?

—Lo representarán los que elija el pueblo. No queremos más Duques. De ahora en adelante, Florencia se gobernará a sí misma.

Un joven se abrió paso entre los plebeyos, y acercóse a Bardi. Era aquél Adolfo Spini, que fué hasta entonces un tahur y un aventurero, y que hoy, gracias a la revolución, véfase elevado como esas basuras que suben a la superficie del agua cuando ésta se revuelve.

Conocía a Bardi de nombre y le interesaba captarse la confianza y la simpatía de los hombres de valer.

—Yo represento también al nuevo gobierno, señor Bardi, y me cumple pedir a vuesamerced mil perdones por la demasía de estos patanes y rogarle que me dé licencia para hacerle llegar sano y salvo a su casa.

Los ignorantes ciudadanos que aspiraban al poder atribuyéndose las mismas capacidades que el más pintado para asumir cargos de responsabilidad, no estaban dispuestos a tolerar la ofensa de Spini, y mal lo hubieran pasado Bardi y sus acompañantes de no haber intervenido oportunamente el forastero poseedor de la joya que el mercader ambulante pretendie-

ra robarle. Fué la casualidad la que actuó de providencia, pero en apariencia el héroe fué él, que se hallaba encaramado en un carro, y que, al echar a andar éste, perdió el equilibrio y cayó encima del grupo de los revolucionarios y de las gentes de paz, dispersando a aquéllos que creyeron que había batalla en puerta.

El barbero del lugar se encargó de presentar al forastero a Bardi, como su salvador.

—He aquí, noble caballero, al intrépido joven que os salvó de esos villanos.

El sabio, admirado, contestó:

—Conducid a ese joven a mi casa a fin de poder demostrarle debidamente mi agradecimiento.

Y cuando Bardi y sus acompañantes se alejaron camino de su casa, el barbero, dándole unos golpes en la espalda al forastero, le dijo sonriente:

—¿Qué os parece? ¡Sois un héroe y como a tal seréis recompensado! Indudablemente, vois sois una eminencia. Venid conmigo. Una vez que hayáis reparado las fuerzas, os procuraré el conveniente atavío para que vayáis al palacio de Bardi.

Este llegaba a su casa, y a la puerta de la

misma, Spini, que le acompañara para ganarlo para su causa, le expuso su deseo:

—El nuevo gobierno necesita personas de vuestra ilustración y buen consejo, sabio maestro, y puedo ofreceros en él un alto empleo.

Movió Bardi la cabeza negativamente, y contestó:

—La edad y los achaques me inhabilitan para el desempeño de cargos públicos, señor Spini; a los que, por lo demás, no me llaman mis aficiones.

Siguiendo el consejo del mercader ambulante, el forastero encaminóse a la plaza en busca de alimento, conviniendo con el barbero en regresar más tarde a su tienda para prepararse para la visita al sabio.

Sentada en uno de los brazos del carro en que conducía las tinajas de leche y los montones de legumbres para su venta en el mercado público, hallábase la graciosa Tessa, una humilde campesina que si bien era huérfana de padre, tenía una madre capaz de asustar al propio diablo con su genio de fiera. Sin cariño de nadie, la doncella se quería a sí misma, y se embelesaba con frecuencia soñando en garridos galanes dignos de figurar en un cuento de hadas.

El forastero se fijó en Tessa, y una idea eruzó pícaramente por su espíritu. Aproximóse a la gentil vendedora, y susurróle al oído:

—Rosa que amor perfuma es vuestra boea... pero ¡ay! ¿qué podrá entender de rosas ni perfumes el desventurado cuya famélica imaginación corre desalada en pos del sustancioso e inalcanzable puchero?

Nada rinde a la mujer como los halagos, y los del forastero eran, además, ansiosamente esperados. Tessa ofreció a la admiración del desconocido galán las joyas de nácar de sus dientes perfectos, llenóle una escudilla de leche y se la ofreció con un cantero de pan suyo.

El forastero agradeció la generosidad de la muchacha, y ésta, absorta en su contemplación, reveló ingenuamente que se había enamorado de él.

En tan sentimental momento la madre de la humanitaria y romántica doncella se apercibió de la escenita, y tras de regañar violentamente a Tessa, echó como a un perro al forastero, arrojándole toda clase de hortalizas a la cabeza, no contentándose con las de su cajetón, y sufrieron merma las de los puestos vecinos, pero le valió tal libertad buenos tirones de moño.

Tessa lamentaba la importunidad de su ineducada madre, e hizo arder en su corazón la llamita de la esperanza de volver a ver al desconocido galán...

* * *

Gracias a la protección del barbero, el forastero estaba ya en condiciones de ser presentado al sabio Bardi.

El émulo de Fígaro tenía a gran honor el alternar con personas notables como el sabio, y le llenaba de orgullo el hecho de encargarse de presentarle a su salvador de la víspera.

Rómula y su padre recibieron a los dos visitantes.

El barbero, previa una serie de exageradas reverencias, dijo a Bardi:

—Os presento, señor, por segunda vez, al

noble y joven erudito a cuyo arrojo debisteis ayer la salvación. Es un joven al que un naufragio redujo a la pobreza y que ostenta el anillo que sólo se da a quienes alcanzaron el



...y Tessa, absorta en su contemplación, reveló ingenuamente que se había enamorado de él.

más alto grado del humano saber.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el sabio a su salvador.

—Tito Malema, para serviros, señor —respondió el forastero.

El barbero pidió licencia humildemente al sabio para retirarse, y acompañó su salida de excesivos cumplidos.

A solas Bardi, Rómula y Tito Malema, la doncella, dulce y adorable, dijo a éste, encendiéndose en rubores al mirarle y sorprender su mirada:

—Señor Malema, servíos aceptar mi agradecimiento por el heroísmo con que acudisteis en socorro de mi padre; y contad con que hago mía la deuda que él contrajo con vos por esa causa.

Harto sabía Tito que si resultó héroe fué sólo por casualidad; pero no era de aquellos que se avergüenzan de aceptar elogios que no han merecido.

Bardi se interesó por el anillo de Tito, y Rómula se encargó de describírselo, pidiéndoselo a tal efecto a su poseedor.

Tito depositó en una mano de Rómula la sortija, y la casta doncella sintió como una caricia el roce de la yema de los dedos de aquél.

Bardi oyó con sorpresa la descripción del anillo, y dijo al final:

—Es la sortija que se da a quienes alcanzan el más alto grado en el Sacro Colegio de Pitágoras.

A Rómula le satisfizo como algo propio la noticia, y el sabio prosiguió:

—¿Cómo es conceivable que mozo de tan pocos años haya alcanzado ya una honra en conseguir la cual gastan muchos la vida entera, y aun no la logran?

Tito respondió, declinando los elogios:

—Mi padre, que era muy versado en toda clase de disciplinas, comenzó a instruirme en ellas desde edad muy temprana.

—¿Se halla vuestro padre en Florencia?

—No, por mi desventura; la adversa suerte quiso que durante el viaje muriera...

Rómula, interpretando un deseo de su adorado viejo, dijo a Tito:

—¿Queréis permitir a mi padre que palpe vuestras facciones? Ciego como está, tiene que suplir con el tacto la vista que le falta.

Acercóse más el prestigioso joven, y Bardi dibujó con sus manos sus facciones para reflejarlas en su corazón...

—La casa de los Bardi está a vuestra disposición—dijo después de su examen.

Prometió Tito honrarse con la amistad y confianza del sabio, y al marcharse—cuando llegó Carlos a la casa—, leyó en los ojos de

Rómula la gran simpatía que la doncella sentía hacia él.

Carlos, a quien Tito no le parecía lo que aparentaba ser, dijo al sabio maestro:

—¿Quién es ese griego? ¿De dónde ha salido?

Bardi ensalzó la figura de su salvador, y entonces Carlos, prescindiendo de emitir de otro modo su opinión acerca de Tito, sopló al sabio:

—Recordad, señor, que vos también poseéis una joya de inestimable valor; y que todo cuidado para evitar que caiga en manos indignas será poco.

El amor es un sexto sentido; y Carlos no tardó en notar el cambio habido en Rómula desde que Tito fué recibido como amigo de la casa.

Tito no había echado en saco roto lo interesante que era la doncella como partido matrimonial, y en sus frecuentes visitas le había hecho objeto de sus más rendidas atenciones para filtrarse en su corazón virgen.

Pero Tito era un ser sin escrúpulos, y atento sólo a sus caprichos, seguía enamorando a Tessa, la bella romántica que vendía leche en el mercado de la ciudad, a la que había visto

todos los días, burlando la vigilancia de la madre de pronóstico.

Tessa creía cándidamente en las palabras de Tito, y anhelaba ser su esposa, esperando fervientemente el momento de la declaración en tal sentido del soñado galán.

Tito se había presentado a Tessa con el nombre de "Naldo", y así se ponía a cubierto de cualquier indiscreción de la muchacha.

El sabio no sospechaba de la doblez de su nuevo amigo, y todas las puertas de su casa estaban abiertas para él.

Carlos, por celos y también por convicción, veía con malos ojos la distinción que Rómula y su padre dispensaban al forastero, y un día no pudo menos de decirle a la amada en secreto:

—No puedo resistir el dolorme de la confianza que tanto vos como vuestro padre depositáis en ese griego. ¿Estáis segura de que es en realidad lo que pretende?

Rómula, cuyo pensamiento volaba siempre hacia donde estuviera Tito, que se había internado recto en su alma, enojóse al oír a Carlos expresarse de tal modo, y contestóle:

—Mal parece en un caballero hablar así de otro en su ausencia.

Carlos reconoció con amargura la influencia que su rival ejercía en Rómula, y balbuciendo torpes excusas, salió de la casa, encontrándose



El amor es un sexto sentido; y Carlos no tardó en notar el cambio habido en Rómula desde que Tito fué recibido como amigo de la casa.

en sus umbrales con el propio Tito.

Saludóle con fingida amabilidad, y antes de

que desapareciera en la penumbra de la entra-
da, le dijo:

—Tenéis una fisonomía interesante sobre to-
da ponderación, señor Malema, y me compla-
cería mucho copiarla en un fresco de un sán-
to y un demonio que he de pintar en estos
días.

Tito, que adivinara lo poco grata que era
para Carlos su presencia en la mansión de los
Bardi, recogió discretamente la alusión, y con-
testó sonriente:

—Os serviré de modelo muy de grado, don
Carlos, mas antes he de saber si es para santo
o para demonio que me queréis.

Dió Carlos la callada por respuesta, y Tito,
girando sobre sus talones, penetró en la casa
donde le esperaba el amor.

Hombre astuto, Tito decía al sabio sentir
gran devoción por todo lo que le perteneciera
y aseguraba que su magnífica biblioteca ejer-
cía sobre él una atracción irresistible, compla-
ciéndole a Bardi sobremanera tan honroso ha-
lago.

Y así, adorando al Santo por la peana, Tito
se afirmaba cada día más en el corazón de
Rómula.

Las fiestas del carnaval que Florencia cele-
braba con ruidosa esplendidez todos los años,
eran en aquella ocasión mucho más animadas
ya que se trataba de festejar la ascensión al
poder del nuevo gobierno.

Tessa asistió a ellas, y aisgóse con "Naldo"
en un poético lugar donde él pudiera decla-
rársele sin rodeos.

"Naldo", seducido por la belleza de la inge-
nua campesina, llevó la farsa de su enamora-
miento hasta el extremo de concertar el matri-
monio, aceptando ella de mil amores.

"Naldo" lo preparó todo, y casóse con Tessa
aquella misma tarde, sin que la doncella se
diera cuenta de que la ceremonia no había sido
más que una broma.

Convencida de que ya era la esposa de "Naldo", Tessa pidióle a éste un anillo, y Tito le entregó el suyo, la joya de inestimable valor que tanto codiciaba el mercader ambulante.

Pero Tito creía que Tessa seguía la broma, y al percatarse de que ella no había sospechado nada, pretendió que le devolviese el anillo, a fin de que Rómula no lo echase de menos en su persona.

En aquel momento, la madre de Tessa la sorprendió con Tito, y amenazóla con matarla si no volvía corriendo a su casa.

Amedrentada, la muchacha apresuróse a obedecer a su tirana, que la perseguía, y Tito, al ir a seguirla, se vió detenido por dos caballeros, uno de los cuales era Spini, que aspiraba a regir los destinos de la nación.

La madre de Tessa alcanzó a ésta en una tortuosa calle, y se disponía a brutalizarla sin compasión. La muchacha, confiando en la protección que como a marido le debía "Naldo", rebelóse a la autoridad de la cruel mujer, confesándole la verdad:

—Ya no puedes pegarme; soy una mujer casada.

La noticia no exasperó a la salvaje; antes pareció que con ella se le quitaba un peso de en-

cima, y respondió a Tessa, arrojándola de su lado de un puntapié:

—¡Anda en busca de tu marido y que él te mantenga, descastada!

Tessa echó a andar en dirección a la fiesta, donde se reuniría con "Naldo", y tuvo un encuentro con el mercader ambulante que fué el primero en ver en Florencia a Tito Malema.

—Cambiaré esta cruz de oro, bendita por el Santo Padre, por esa sortija.

Tessa vió en los ojos del mercader el vil interés, y se negó a hacer el canje, burlando la mala intención del pillo, poniéndose prestamente fuera de su alcance.

Spini decía en tanto a Tito Malema, al que consideraba un hombre de valer:

—El nuevo gobierno necesita de hombres sabios y valerosos, señor Malema. Venid a casa y os indicaré cómo podréis lograr grandes provechos y adelantos.

Tessa buscaba inútilmente a su amado, y en la iglesia, Savonarola arengaba al pueblo para que se libertase de los falsos gobernantes:

—El pueblo, que hizo huir de la ciudad al tiránico Pedro de Médicis, está encumbrando, sin saberlo, a otro hombre que le supera en maldad... Ese hombre es Adolfo Spini, tahur

y espadachín al que se ha permitido que organice a su capricho el nuevo gobierno... Paso a paso, Spini va ascendiendo hacia el trono de los Médicis, que no tardará en ocupar si a ello no se pone pronto remedio.

En efecto; Spini ambicionaba las investiduras dictatoriales, y para el logro de sus aspiraciones rodeábase de aliados en cuya lealtad pudiera contar incondicionalmente.

Tito había sido escogido por él con dicho fin.

—He nombrado a vuestra merced para que ocupe un puesto en el Consejo de los Ocho, el cuerpo al que, en el nuevo régimen, corresponde dictar las leyes de Florencia—díjole en su casa, aceptando Tito la distinción. Y añadió—: Dentro de pocos meses, vuestra merced será jefe de esta República y regirá la administración de las leyes. Y entonces, vuestra merced hará decretar la expulsión de Savonarola, ese fraile importuno que trae revuelta a Florencia y que es el único obstáculo que se opone a mi ambición para ocupar el vacante trono de Pedro de Médicis.

Tessa, que anduvo buscando inútilmente a "Naldo", se arrodilló ante la efigie de la Virgen, y rezó:

—Virgen Santísima, madre de los pecadores,

tú has sido siempre muy buena conmigo. ¡Devuélveme a mi "Naldo", madre mía; mira que es lo único que tengo ya en este mundo; devuélvemelo, que yo te prometo que no dejaré que se me vuelva a escapar!

De casa de Spini dirigióse Tito a la del sabio Bardi, so pretexto de estudiar, y decidióse a declarar su amor a Rómula para consolidar su fama de hombre intelectual al unirse con la hija del eminentísimo maestro.

—Es vano empeño el mío el tratar de estudiar en esta casa—dijo con intención a Rómula.

La doncella, cayendo en el lazo inocentemente, preguntó:

—¿Por ventura hay algo que os perturbe?

Acercóse a ella el osado, y murmuró con pasión:

—Cada flor que, al entreabrirse, exhala amorosa su blando aroma; el aura que acaricia suspirando vuestras sienes, parecen ponerte de acuerdo con mi corazón, hermosa Rómula, para deciros...

El suave rostro de la doncella tiñóse de arrebol y sus dulces ojos se posaron tímidamente en los de Tito, como deseando escuchar el final de la frase.

Tito no se arredró, y así puso fin a su mentira:

—...para deciros... que os amo.

Rómula vaciló inconscientemente, insegura de lo que debía hacer.

Tito insistió:

—Apiadaos de este tormento en que por vuestra causa vivo; hacedme el más feliz de los mortales permitiéndome que hable con vuestro padre para pediros en matrimonio.

El rubor atenazaba la garganta de la delicada niña.

—Si os oponéis a ello—prosiguió Tito—, me iré de Florencia en busca del olvido, de la muerte acaso, pues, a quién que os ame como este rendido esclavo vuestro podrá serle llevadera una vida en la que vos faltáis?

Rómula concedió con un gesto exquisito su venia a Tito para que hablase con el sabio, y éste, que a poco se enteraba de todo, llamando a su hija a su lado, le dijo con visible regocijo:

—Tito me ha pedido tu mano, hija mía.

Rómula se azoró.

—A nadie aceptaría yo por yerno con más agrado que a Tito Malema, hija mía. ¿Qué contestas?

Rómula se sobrepuso a su emoción, y musitó:

—Si así lo queréis, padre mío...

—¡Oh, sí, hija mía!

Tito se postró de hinojos, al lado de Rómula, a los pies del viejo maestro, que, extendiendo su diestra sobre sus cabezas, dijo con unción:

—En esta biblioteca, santificada por el trabajo, que es también oración, bendeciré vuestros amores.—Y dirigiéndose a Tito—: Juntos hemos de trabajar aquí en completar la obra a la que he consagrado los mejores años de mi vida.

Y Tito hizo una sagrada promesa.

—¡Maestro amantísimo! Me dedicaré en cuerpo y alma a llevar a feliz término tan noble tarea, en la cual os juro no cejar mientras tenga fuerzas y vida.

Tessa, que había visto a Tito, su “Naldo”, entrar en casa de los Bardi, estuvo esperándole, y cuando salió, fué a su encuentro, implorante.

—Eres mi marido, lo único que tengo en este mundo, ¡no vuelvas a desampararme!

Tito puso una mano en los labios de la campeolina, y la empujó delante de sí, vigilando que nadie le sorprendiera con ella, alejándose

luego en su compañía hacia un lugar donde no tuviera testigos ni por casualidad.

Mientras que Rómula, sentándose a los pies de su padre, decíale al anciano con humildad:

—Basta que Tito sea de vuestro agrado para que me sienta complacida y dichosa, padre mío; a mí también me parece él superior a Carlos; sin embargo, ¿no habremos procedido de ligero?... Mas, ¿a qué estos recelos? Vos conocéis el mundo y, aunque sólo visteis a Tito a través de mis ojos, habréis acertado al elegirlo... Porque... ¿qué sé yo de los hombres? ¿Con qué acierto podré juzgarles? Ningún trato he tenido con ellos y apenas si les conozco de vista.

Bardi no contestaba. Rómula tomó una de sus manos entre las suyas y fué para acariciarla, cuando sintió que estaba fría. ¿Qué cruel presentimiento se apoderaba de ella? Incorporóse. ¿Dormía el sabio o...? ¡Horror! Se había extinguido mansamente, llevándose a la tumba la alegría de saber que pronto Rómula se casaría con un hombre digno de continuar su grande empresa.

• • •

Días enteros pasó el religioso Savonarola entregado a oraciones y penitencias para implorar de Dios el eterno descanso del alma de su caro amigo Bardo Bardi.

En tanto, en una casita situada en las afueras de Florencia, Tessa vivía retirada por su falso marido, que además de sentir por ella cierto amor en compensación a su adoración, utilizaría la vivienda como refugio cuando le conviniere huir de persecuciones como en aquellos agitados momentos.

Dispúsose al fin Tito a regresar a la ciudad, y dijo a Tessa:

—No olvides lo que te he advertido, esposa mía; guárdate de recibir a nadie en casa y más aún de hablar de nuestro matrimonio.

Convertida en esclava de Tito a cambio de la felicidad que experimentaba a su lado, Tes-

sa prometió firmemente ser muda para todos.

Y Tito volvió a Florencia, y enteróse de la repentina muerte del sabio maestro, apresurándose a llevar su parte de consuelo a la alegre huérfana.

Llegó a su presencia cuando se hallaba en la casa, entre algunos familiares, Carlos Bucellini, que, ignorante de la última voluntad del finado, oyó con gran sorpresa las amorosas palabras de su odiado rival:

—Perdonad mi aparente desvío, amada Rómula; mas fué el caso que hube de salir de la ciudad llamado por asuntos de gran urgencia que me detuvieron fuera de ella, y sólo hace un momento supe la dolorosa nueva. Disponed de mí a vuestro talante y como si ya fuese vuestro esposo; que es mi intención la de celebrar el matrimonio apenas lo consienta vuestra duelo, que lo es también mío.

Cierto día apareció en Pisa un viejo de extraño continente.

Parecía un peregrino que, rendido de fatiga, llagados sus pies, se esforzara en cumplir una penitencia. Su hato estaba vacío. Vivía de limosna y por único compañero tenía

una cayada que le ayudaba a seguir adelante.

El caminante preguntó qué dirección debía tomar para ir a Florencia.

—Dejando atrás la torre inclinada y caminando derechamente hallaréis el Arno y luego a Florencia—le respondió el pisano consultado.

Siguió andando el caminante, y al llegar a destino, el azar le proporcionó la ocasión de encontrar lo que buscaba.

Las campanas de una iglesia anuncianaban con alegres vibraciones el casamiento de Rómula con Tito Malema.

Nada pudo detener la marcha triunfal del osado, que tenía influencia en el poder y se unía a la mujer más dulce de Florencia.

Tessa no sospechaba la infamia de su seudo marido, y su alegría no conocía límite desde que Dios deparóle la inefable ventura de un hijo, fruto de sus amores, que ella creía lícitos, con aquél.

El caminante se acercó a las gradas de la iglesia, para pedir limosna a los novios cuando éstos aparecieran, pero le arrojaron de allí, obligándole a colocarse junto a sus iguales, que le recibieron en su seno a golpes, sin conseguir, a pesar de todo, relegarlo a la cola.

Varios partidarios de Tito formaban discreta guardia a las puertas de la iglesia.

Aparecieron los novios. Los mendigos exhalaron sus cargantes quejas. Tito vacióse los bolsillos de monedas y arrojólas a los pedigüeños. Rómula sonreía a todos.

De pronto, el caminante que tenía una misión que cumplir en Florencia, creyó soñar, y tendió, en un transporte de alegría en que se mezclaba la más intensa emoción, sus brazos a Tito, a cuyos pies llegó venciendo toda vigilancia.

—¡Hijo mío, hijo mío, te daba por muerto! —gritó.

El novio retrocedió unos pasos con Rómula, y dijo a los que se adelantaron a prender al mendigo:

—Llevaos a este loco a quien no conozco.

Rómula interrogó a Tito con la mirada, y como éste no permitió que su semblante revelase lo que bullía en su interior, creyó que, en efecto, se trataba de un pobre demente.

Y siguió la comitiva...

Hubo alguien, sin embargo, que dió importancia al “ataque de locura” del mendigo. Ese fué Carlos, que asistió lleno de dolor al matrimonio de la mujer amada en secreto con todo

su corazón, y que no pudo resistir el momento solemne de la bendición de los desposados, saliendo del templo para librarse de aquella tortura para su alma.

El caminante gemía en un rincón, olvidado de todos después de haber sido escarnecido.

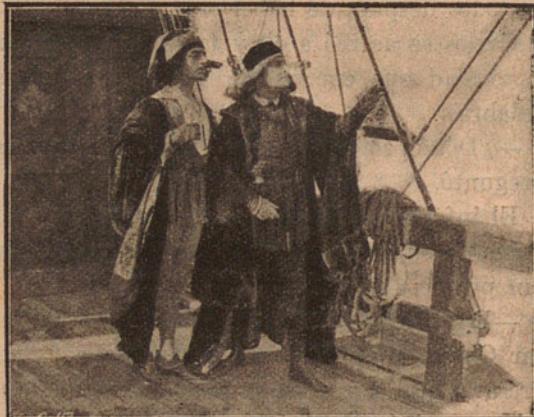
Carlos se acercó a él, y trató de averiguar la verdad que encerraban sus sorprendentes palabras.

—¿Dónde conociste a don Tito Malema? —le preguntó.

El infeliz, necesitando hacer partícipe a alguien de su desdicha, confió su secreto al que tan propicio se mostraba a escucharle.

—Es mi hijo adoptivo; mi nombre es Baltasar Calvo. Juntos salimos de Grecia para regresar a Italia, y quiso la mala suerte que durante el viaje nuestro barco se viese acosado de piratas. “A los que caigan presos les espera la muerte o un cautiverio peor tal vez que ella —dije a mi ahijado—. Si nos viéramos perdidos, espía una ocasión propicia y procura ganar a nado la costa. Esta sortija, que es la insignia de los graduados en el Sacro Colegio de Pitágoras, te servirá de pasaporte, pues no habrá sabio ni hombre estudioso que no le franquee su amistad al poseedor de ella. Con estas

piedras preciosas tendrás dinero sobrado para pagar mi rescate; véndelas en Florencia, y averigua luego, sin tardanza, dónde estoy cautivo." Al poco rato de hablar de tal modo con



"Juntos salimos de Grecia para regresar a Italia, y quiso la mala suerte..."

mi ahijado, los piratas incendiaron nuestro barco, venciendo la heroica resistencia de todos los tripulantes. Algunos se arrojaron al agua, prefiriendo morir ahogados a caer en manos de tales enemigos, y mi ahijado, insti-

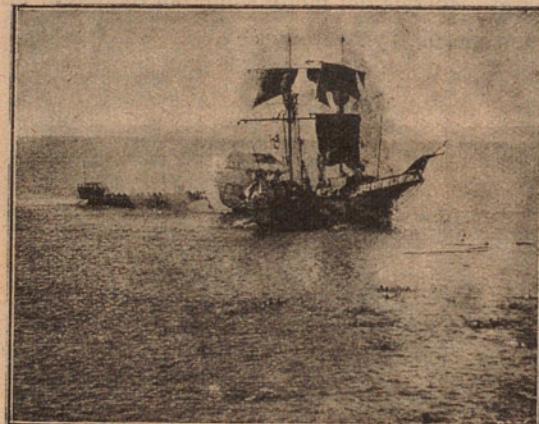
gado por mí, que protegí su fuga a riesgo de mi vida, hizo lo propio por una ventanilla. Largos meses gemí cautiverio en poder de los piratas... Logré al fin escapar, llegué a Pisa, pasé de allí a Florencia, encontré a Tito y... testigo fuisteis del modo cómo me recibió el villano, pero... ¡ya veremos!

* * *

Pasaron unos días, y Rómula se apercibió gozosa a obligar a Tito a que cumpliese la solemne promesa que hiciera al anciano Bardi.

—Todo se halla dispuesto, y podremos dar comienzo a la obra trabajando en el volumen que mi padre no alcanzó a terminar.

Tito hizo un gesto de desagrado, del que se



Algunos se arrojaron al agua, prefiriendo morir ahogados a caer en manos de tales enemigos...

disculpó al punto.

—Perdóname, amada esposa mía—contestó Tito, que estaba lejos de sentir la misma afi-

ción que Rómula—, pero no es tarea fácil ni liviana esta a la que desde que me encargaron de escribir las leyes de Florencia me veo so-



—Mía y no tuya es la culpa, Tito; que debí comprender cuán afanado andas y no importunarte.

(Pág. 38)

metido; y eso es causa de que a veces sea áspero sin quererlo.

Rómula era demasiado buena para no ceder siempre, y, a su vez, presentó excusas a su esposo, a quien veneraba, como su padre la enseñó a amar.

—Mía y no tuya es la culpa, Tito; que debí comprender cuán afanado andas y no importunarte: conque he de ser yo, no tú, la que pida perdón.

—No hablemos más de ello, Rómula, que una ligera nubecilla nunca pudo oscurecer los cielos.

Baltasar Calvo, el sabio que protegió como a un hijo al ingrato Tito, mercó un puñal y rondaba, noche tras noche, oculto entre las sombras, el palacio de los Bardi... Enloquecido por las privaciones y los padecimientos que le causaba la negra ingratitud de que había sido víctima, el infeliz vivía sólo pensando en la venganza.

Tito decidió dar un banquete en su casa para celebrar su próxima elevación al empleo de gonfalonero, y el aspecto del amplio comedor era deslumbrante. Numerosos invitados asistieron a la fiesta; pero a la hora de la comida Rómula notó la ausencia de Carlos, comentando este hecho insólito con Tito, que no le dió la menor importancia.

Inopinadamente, llegó el retrasado comensal... pero con él llegaba también el mendigo que clamaba venganza y al que aquél estaba dispuesto a ayudar, convencido de la ruindad de Tito.

—Carlos quiere hacerse perdonar su tardanza trayendo a ese bufón para que nos divierta—dijo alguien a su vecino.

Tito palideció, entablando ruda lucha consigo mismo para no declararse reo a los ojos de su esposa, que no comprendía el motivo de la presencia de aquél harapiento en la fastuosa reunión.

—He venido aquí, señores... no, dispensadme, acabo de olvidar a lo que he venido—dijo Bernardo Calvo, perdiendo de súbito la memoria.

Carlos miraba fijamente a Tito, para obligarle a confesar su impiedad.

—¡Ya lo recuerdo, ya lo recuerdo!—exclamó el mendigo—. He venido porque hay entre vosotros alguien, el que ocupa el puesto de honor...

Todas las miradas convergieron en Tito.

—Salvo el de la sangre—dijo el acusador—, ese hombre tiene conmigo todos los vínculos que unen a un hijo a su padre: le encontré en

un mercado de esclavos en Siria y, después de rescatarle, le di asilo, le eduqué con cariñosa solicitud... Sin embargo, como recompensa a mis desvelos, dejóme gemir cautivo de los piratas, en tanto que vivía a lo príncipe con el dinero de las piedras preciosas que le di para qué, vendiéndolas, pagase mi rescate. Y aun tuvo la avilantez de ufanarse con un grado que no a él sino a mí me fué conferido. ¡He ahí al traidor, al embustero, al ladrón!

Algunos convidados se levantaron e increparon al que de tal suerte acusaba. Entonces, Carlos, amparando al que invocaba la gracia de la justicia, dijo, ofendido en su dignidad de caballero:

—Este anciano, cuya historia conozco, me merece crédito y respeto: voy a retirarme con él de aquí, donde jamás sospeché que se le trataría con tal desatención.

Tito creía haber descartado el peligro, pero Rómula, dispuesta a aclarar aquellas acusaciones, levantóse y, energica, exclamó:

—¡Aguardad, no puedo dejar sin respuesta los terribles cargos que se han hecho a mi esposo!—Y dijo al mendigo—: Cuando Tito Mamea llegó a Florencia, traía el anillo que es distintivo del sacro grado a que habéis aludi-

do; grabado en la sardónice de dicho anillo, había un verso de Homero. Es de justicia que probéis vuestras acusaciones o que os retrac-



—¡He ahí al traidor, al embustero, al ladrón!

téis. ¿Podéis señalar en este libro ese verso que aparecía en el anillo?

Bernardo Calvo hojó el volumen que le

ofreció Rómula, pero la burlona hostilidad con que le miraban los allí reunidos, excepto Tito, que temblaba; la extremada debilidad que le aquejaba y las violentas emociones que le embargaban, fueron causa de que el pobre anciano no atinase a encontrar lo que buscaba.

Entonces, Tito, convencido de que aquel era el momento de vencer definitivamente al reaparecido sabio, dijo a sus invitados, aparentando naturalidad:

—Ahora recuerdo quién es este hombre.

Carlos erispó los puños ante la impotencia del escarneido protector de Tito, y hubo de oír la cínica declaración de éste.

—Es un pobre maníatico, criado que fué en casa de mi padre, de donde hubo que despedirle cuando dió en la extraña locura de creer que yo le había despojado de grandes riquezas y honores.

Levantóse un comensal y, dirigiéndose al anciano, le dijo, llevándoselo consigo:

—Venid, amigo, ya hablaremos de eso en otro lugar.

Y Bernardo Calvo, el sabio, fué encerrado en una mazmorra.

Rómula creyó en la inocencia de Tito, y Car-

los, desarmado, hizo enmudecer a su indignación.

Tito, a solas con su rival, preguntóle con ironía:

—¿Queréis decirme qué habéis ganado con vuestra treta?

Fríamente, Carlos respondió:

—Convenid conmigo en que, gracias a ella, he visto retratarse una nueva expresión de pavor en la cara de un hombre.

—Ignoraba que os servía también de modelo...

Spini hizo que se confiriera a Tito Malema el puesto más alto en el Consejo de los Ocho, y una de sus primeras disposiciones fué la siguiente:

—Mi nueva ley dispone que se castigue con inexorable rigor a toda persona, segar o religiosa, que se atreva a censurar nuestro gobierno; y el castigo es la última pena.

Bernardo Calvo, el eminentísimos sabio a quien todos honraran a porfía, libertado, gracias a la piedad de Rómula, de la mazmorra en que fué encerrado, era ahora un triste paria que

no hallaba dónde reclinar las cansadas sienes. Su cuerpo había sido azotado atrozmente, y los sicarios de Tito le amenazaron de muerte si osaba ponerse de nuevo en su camino.

Era indudable que la nueva ley de Tito pondría fin a las predicaciones de Savonarola, y los gobernantes se disponían a aprovechar la ausencia del fraile de alma ardiente para concitar en contra de él los ánimos del pueblo.

Tito trabajaba incansablemente para su medro personal, y al ver que su esposo se encerraba en la biblioteca y recomendaba que no se le interrumpiese por ningún motivo, Rómula creyó que se proponía dar al fin cumplimiento a la promesa hecha a su padre.

Pero llegó a descubrir la amarga verdad: ¡Tito era un villano!

—¡Te has atrevido a vender la biblioteca de mi padre! —preguntóle asombrada la dulce esposa, ante los anaqueles vacíos cual sombrías tumbas.

Atacado de soberbia, Tito hizo valer sus derechos de jefe del hogar.

—Eres mi esposa, y yo soy el que manda en esta casa. El ejercicio del poder impone sacrificios: mi amigo Spini tuvo necesidad de una fuerte suma...

Al fin cayó la venda que cubría los ojos de Rómula, y apareció ante ésta el esposo tal como era.

—¡Eres un hombre tan malo como falso! —exclamó—. Harto sabías que esos libros eran algo, por decirlo así, desprendido del alma de mi padre; que mi mayor ambición era llevar a feliz término la obra por él emprendida y que tú, con juramento solemne, te obligaste a continuar. He llegado a convencerme de que eres capaz de todo. Las acusaciones que aquel pobre anciano lanzó contra ti deben de ser ciertos: ¡le despojarías inicuamente como has despojado a mi padre!

Para olvidar su disgusto con Rómula, Tito no encontró nada mejor que ir a refugiarse en el cariño sin límites de Tessa, que vivía ajena a todas esas agitaciones y sin más pensamiento que el de su amado "Naldo".

—Tu compañía es para mí un gran consuelo, Tessa... Es tan grato reposar junto a un alma que, como la tuya, ignora las estériles preocupaciones de la ciencia y vive llena de amor... Mira; quiero que vayas a vivir a la ciudad.

—¡De veras, maridito mío?

Y, agradecida, Tessa, con fidelidad canina,

se sentó a los pies de Tito, y durmióse plácidamente.

El sumiso palacio de los Bardi tenía ahora esa tristeza de las habitaciones por las que pasó la felicidad dejando sólo la melancolía del recuerdo o del desengaño; y Rómula huyó de allí, deseosa de ocultar sus dolores entre la hostil indiferencia del mundo.

Tito había dicho a Tessa que iría por ella y su hijito un hombre con un carro para que los condujera a su nueva casa de la ciudad,

y la linda campesina se preparaba para la partida.

Savonarola apresuróse a regresar a Floren-



Y, agradecida, Tessa, con fidelidad canina, se sentó a los pies de Tito, y durmióse plácidamente.

cia a fin de oponerse a la ley que amenazaba la libertad de su amado pueblo, y en el camino halló a Rómula, sin rumbo.

—Desandad vuestro camino, hija mía; en verdad os digo que la voluntad de Dios os llama, como a mí, a Florencia—fué su consejo.

Tessa precedía ya al carro que llevaba su modesto equipaje, y de repente se detuvo presa de gran sobresalto.

—¡Esperad, esperad, he perdido mi anillo de matrimonio!—dijo al carretero.

Buscó desesperadamente y el anillo no aparecía.

—¡Dios mío, ayúdame a encontrar mi anillo!

El hijito se emberrinchaba desenfrenadamente.

—¡Cállate, condenado, que te voy a matar! —gritó Tessa enojadísima.

Y su malhumor no desapareció hasta que encontró la joya matrimonial.

Rómula, atraída por los berrinches de la criatura, trabó conocimiento con Tessa, y juntas, acariciando aquélla al niñito, se dirigieron a Florencia.

—¡Qué monín es su hijito!—decíale Rómula.

—Es igualito al padre: hay veces que dan ganas de matarlo y otras de comérselo a besos.

Al llegar a la ciudad, Savonarola vió por sus propios ojos la gravedad de la situación

política. Pretendió entrar en el templo desde cuyo púlpito dirigía la palabra a sus partidarios.

—La nueva ley veda a Vuestra Paternidad



...y juntas, acariciando Rómula al niñito, se dirigieron a Florencia.

la entrada a la iglesia—le dijeron los hombres armados que montaban la guardia.

Indignado, el fraile de cálida elocuencia arengó a las masas desde las gradas del sagrado lugar:

—He aquí que empieza a cumplirse lo que os predijo: el gobierno que os habéis dado es de tiranía y no de libertad y justicia. ¡Arrepentíos, arrepentíos porque el día terrible está cercano! La cólera del Señor tiene suspendida una espada sobre vuestras cabezas; y he aquí que Florencia perecerá en castigo de sus iniquidades.

—Se ha vuelto loco; no vemos espada alguna...—gritó uno de los que le escuchaban, corriendo los demás la frase.

—¡Hereje!—gritó otro.

—¡Traidor!

—¡Farsante!

—¡Excomulgado!

—¡Temed la cólera del Señor que os quebrantará como el huracán a las frágiles cañas! —gritó con todas sus fuerzas el fraile.

—¡Hereje!

Rómula y Tessa llegaron en aquel momento frente a la iglesia, y ante el peligro que amenazaba a Savonarola, la primera, en un arranque de nobleza, se puso de su parte y dijo a los que le injuriaban sin saber lo que hacían, a la par que era detenido por la soldadesca:

—¡Florentinos! ¡Trataréis de arrebatar la

vida al que sólo procura haceros bien según sus luces?

Una piedra hirió en la frente al fraile, y oyóse una exclamación impía:

—¡Que profetice ahora cuanto guste!

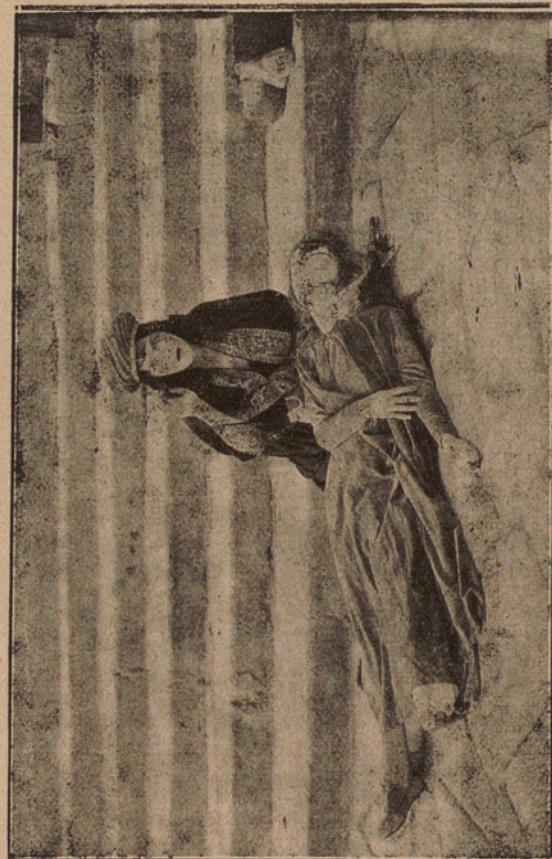
Las turbas, exaltadas, trataron de lynchar al visionario, y Rómula fué atropellada, resultando herida.

Tessa, horrorizada, trató de auxiliar a la víctima de las iras populares, y la hizo conducir a su casa.

* * *

Savonarola fué juzgado y sentenciado por dos delitos: el de rebelión y el de herejía.

Tito Malema, considerando llegado el mo-



...y Rómula fué atropellada, resultando herida.

mento de escalar el poder que para sí quería Spini, dijo al Consejo de los Ocho:

—Habéis salvado a Florencia al condenar a ese fraile escandaloso que trataba de incitar al pueblo a una nueva revuelta; pero hay otro personaje aun más peligroso y funesto que Savonarola... Adolfo Spini, quien en esta misma sazón trata de sentarse en el trono que dejaron vacante los Médicis... Conferidme la autoridad suprema, colocadme en ese trono que él pretende usurpar, y os empeño mi palabra de que os salvaré de ese bellaco.

Tito había obrado con ligereza, pues el Consejo de los Ocho estaba integrado en su mayoría por partidarios de Spini, que se apresuraron a informar a éste de los propósitos de traición de aquél.

Spini, dispuesto a castigar al infame, preparó un plan.

Al llegar la mañana, pesaba sobre la ciudad ominoso silencio.

Rómula, en vía de curación sus heridas, afortunadamente leves, sentía uno de esos terrors vagos, que no por carecer de fundamento dejan de ser crueles y desgarradores.

Savonarola escuchaba la sentencia dictada contra él por sus jueces:

—Al nombrado Savonarola, convicto de herejía, condénasele a ser ahorcado y quemado en la hoguera, y a todos los demás a quienes se probare que han conspirado o hablado en contra del gobierno, se les aplicará la última pena.

Uno de los que formaban el Consejo de los Ocho, dijo a Tito Malema, obrando por cuenta de Spini:

—Dispone vuestro decreto que se castigue con la pena de muerte a cuantos hubieren hablado o conspirado contra el gobierno?

—Ese fué mi decreto, y debe ser cumplido. Entonces, aquél, dirigiéndose al pueblo, dijo, acusando a Tito Malema:

—No conspira contra el gobierno el hombre que trata de regir a Florencia desde el trono que derrocó la voluntad del pueblo? ¡Pues bien: he ahí al traidor, he ahí al embaucador y al infame!

Tito se consideró perdido. Había sido vencido con sus propias armas por el astuto Spini. El pueblo pidió venganza, y al ver huir al culpable, le persiguió encarnizadamente.

Rómula y Tessa acariciaban juntas a la tierna criatura, de la que era madre la segunda, ajenas a la tragedia que el destino les preparaba.



Rómula y Tessa acariciaban juntas a la tierna criatura, de la que era madre la segunda, ajenas a la tragedia...

De pronto abrióse la puerta de la casa, y apareció ante ellas Tito Malema, desencajado, jadeante.

Tessa se dirigió a su encuentro, buscando la presión de sus brazos.

Rómula quedó paralizada de movimiento ante el gesto de Tessa, que le dijo, presentándoselo:

—¡Es él, mi esposo, mi “Naldo”, del que tanto os he hablado!

Rómula apoyóse en una silla para sostenerse en pie. ¡Tito casado con Tessa!

Tito no podía entretenerte en dar explicaciones, y como sus perseguidores se acercaban, gritó a las dos mujeres:

—¡Me buscan! ¡Me enviarán a la hoguera con Savonarola si caigo en manos de ellos! ¡No quiero morir; la muerte me da espanto! ¡Por piedad, por piedad!

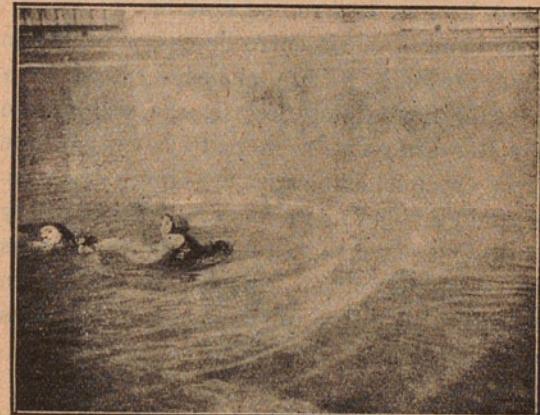
El río, que se deslizaba al pie de la casa, ofreció a Tito un medio de salvación.

Pero Tessa, que temía por la vida del hombre adorado, le siguió en su fuga, para morir juntos.

Tito nadaba desesperadamente. Tessa pretendió seguirle, pero no pudo. Se agotaron sus

fuerzas, y presintiendo su fin, que no tardó en llegar, gritó, oyéndola Rómula:

—¡Virgen Santísima, dulce madre mía, protege a mi hijo!



Tito nadaba desesperadamente. Tessa pretendió seguirle, pero no pudo.

Entretanto Savonarola, degradado, se dirigió a la hoguera, y a las puertas de la muerte, miró a las alturas y rezó:

—¡Padre mío, Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen!

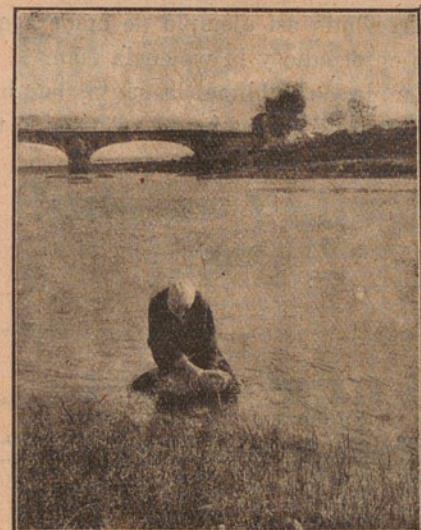
Y aun trató de salvar a Florencia, presagiando los males que sufriría por su incredulidad, y el Cielo, como primer aviso, descargó sobre la ciudad el diluvio que profétizara el fraile, sobrecogiéndose de pavor, ante el milagro, los que desearon su muerte.

Savonarola moría entre llamas, perdonando a sus verdugos; y Tito, al llegar extenuado a las solitarias orillas del río, era descubierto por Bernardo Calvo, su padre adoptivo, que vivía, en aquellos parajes, en frágil choza, esperando que la muerte fuese piadosa con él, y expiraba a sus manos, que lo hundieron en las aguas, siguiéndole el desengañado anciano en la muerte, ya que la única misión que le ataba al mundo estaba cumplida.

* * *

Con profunda verdad dijo el poeta que el “triste dolor o muere o mata”. La blanca cla-

ridad de la dicha asomaba en el alma de Rómula tras de la congojosa noche del infiernio. El hijo de Tessa no desconocería el cariño



...expiraba a sus manos, que lo hundieron en las aguas...

de una madre, que tal sería ella para la inocente criatura.

Carlos, siempre leal a su adorada Rómula,

ponía ahora todo su empeño en confortarla.

—Noble lección, Rómula, es la que las mujeres como tú le dan al mundo cuando, a semejanza de María, saben llorar al pie de la cruz, ofreciendo así ejemplo de amor a quienes sólo en el odio y la violencia fían.

Y Rómula, la sublime, la santa, besaba al ángel que mecía en sus brazos, sonriendo también al noble Carlos...

FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

Imp. "Vicente", Urge, 7.

LE INTERESA VER, EL PRÓXIMO SÁBADO, LA PORTADA DEL NÚMERO EXTRAORDINARIO de

La Novela Semanal Cinematográfica
que CORRESPONDE a la NOVELA

MONSIEUR BEAUCAIRE

CUYO INTERPRETE ES

Rodolfo Valentino

y es SEGURO que la COMPRARA
¡NO LO OLVIDE!

**PRONTO
PUBLIC CINEMA**

¡La revista cinematográfica que usted desea!

Recuerde este título:

Public Cinema

COLECCIONE USTED LOS SUGESTIVOS
LIBROS DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Films

Y DE LA COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS, DE **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA** CUYOS TÍTULOS SON LOS SIGUIENTES:

LOS GRANDES FILMS

Los Hijos de Nadie, El triunfo de la mujer, El prisionero de Zenda, El Joven Medardus, Los Enemigos de la Mujer, Una mujer de París, El Corsario, Para toda la vida, Cyrano de Bergerac, De mujer a mujer, La Hermana Blanca, El Milagro de los Lobos, ¡¡París...!! Venganza de mujer

Precio de cada libro: **1 PESETA**

Teresa de Ubervilles, Maciste, Emperador, Lirio entre espinas, El que recibe el bofetón

RÓMULA

Precio: **50 Cts.**

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

Ferragus (Los Trece), El Pago que dan los Hijos, Bajo las garras del oro, El Escándalo, La Inhumana, La bárbara de los monstruos, El Príncipe Encantador, El ladrón de Corazones

Precio de cada libro: **1 PESETA**

Amor que redime, ¡¡No trabaje usted!!

Precio: **50 cts.**

SUMARIO DE LA REVISTA

AYER Y HOY

QUE SE PONDRA A LA VENTA MAÑANA

El Maestro Millet y el «Orfeón Catalán», (interviú) por J. Serra Crespo.—El retrato del conde, (novela corta), por O. Henry.—Se han ligado las líneas, (diálogo teatral), por J. M. Jeréz.—Por los caminos del mundo, Los contrabandistas «chic».—La pared, (cuento), por Vicente Blasco Ibáñez.—Historieta cómica, Las últimas creaciones de la moda para los perros «ultrachic».—Cartas de amor, Elvira y Luisa (continuación), por H. de Bálzac.—Sección gráfica: ocho páginas.—De la vida frívola: Retrato de una mujer, La abnegación da origen a la implantación de la melenita en el Japón, ¿Por qué se casan?—Pequeñas grandes cosas, por José D. Benavides.—Chistes y caricaturas.—El campeón del mundo, (novela cinematográfica), por Antonio J. de la Hoz.—Visitando Cines: El Novedades, por Luis de Montserrat.—Modas: Los vestidos y sus abrigos, por Amaranta.—Mujeres de la historia.—Madame de Chevreuse o la conspiradora impenitente.—Colaboración intelectual.—Deportes.—Página infantil.—Anécdotas.—Amenidades.—Corazones de hielo, (novela de aventuras, continuación), por James Oliver Curwood :

Compre usted AYER Y HOY

76 PÁGINAS

40 CÉNTIMOS

EL ÉXITO QUE OBTIENE
LA NUEVA PUBLICACIÓN

LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRÁFICA

ES LÓGICO, PUES EN ELLA
SE DA A CONOCER AL PÚ-
BLICO LA VIDA INTIMA DE
LOS ARTISTAS FAVORITOS
: : DE LA PANTALLA : :



Biografías publicadas: 1, Alice Terry.—2, Rodolfo Valentino.—3, Lillian Gish.—4, Antonio Moreno.—5, Gloria Swanson.—6, Tom Mix.—7, Viola Dana.—8, Milton Sills.—9, Raquel Meller.—10, Harry Carey (Cayena).—11, Dorothy Dalton.—12, Douglas MacLean.—13, Norma Talmadge.—14, Rod La Rocque.—15, Pola Negri.—16, Lewis Stone.—17, Constance Talmadge.—18, Tom Moore.—19, Shirley Mason.—20, Max Linder

Portada a varios colores : : Precio con postal del
mismo artista: 35 céntimos

